PRESENCIA

SUMARIO — PRESENCIA: BERLIN, MANIOBRA RUSA.- RICHARD PATTEE: EL CATOLICISMO NORTEAMERICANO.- JORGE VOCOS LESCANO: A CORDOBA.- JULIO MEINVIELLE: CALENDARIO "EPILOGAL".- MIGUEL RETO: LE CORBUSIER Y LA NUEVA ACADEMIA.- LUIS ALBERTO BARNADA: INTELECTUALES Y HOMBRES DE ACCION.- TOMAS INFANTE: EL PROBLEMA DE LAS CARNES.- DIBUJOS DE BALLESTER PEÑA.- VIÑETAS DE ARIEL FERNANDEZ DIRUBE.- IMPRIMIÓ DOMINGO E. TALADRIZ.



BUENOS AIRES, VIERNES DIEZ DE JUNIO DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA Y NUEVE. — AÑO UNO — NÚMERO DOCE

Aparece el segundo y cuarto viernes de cada mes. Dirección: Sarmiento 930. Administración: Venezuela 649. Imprenta: San Juan 3875. Buenos Aires. Precio del ejemplar: $ 0,50 Suscripción anual: $ 12.–

EL CATOLICISMO

Richard Pattee, *vastamente conocido en los ambientes intelectuales católicos, inicia su colaboración en* PRESENCIA *con este artículo, que nos ha remitido desde Friburgo. No juzgamos necesario*

Las estadísticas sobre el progreso del catolicismo en los Estados Unidos de Norte América arrojan una luz considerable sobre la creciente expansión de la Iglesia como el elemento religioso más numeroso del país. En 1948, se calculaba la población católica total de la nación en 26.075.697, o sea un aumento de 807.524 sobre el año anterior. Algunas de las diócesis del país contienen más de un millón de católicos, tales como Chicago, Boston, Nueva York, Filadelfia y Brooklyn. Entre 1947 y 1948 el número del clero ha aumentado en 1.277, de manera que hay actualmente en los Estados Unidos un total de 41.747 sacerdotes. El número de religiosas llega a 141.083. El anuario católico que acaba de publicarse revela a la vez que hay unas 14.905 parroquias en los Estados Unidos continentales, Alaska y las Islas Hawaii, 14.015 de las cuales con un párroco residente. Desde el punto de vista educativo, las cifras nos dan una idea cabal del progreso realizado por el catolicismo en el país. Más de 4.138.000 niños reciben instrucción en instituciones católicas de enseñanza. Solamente las universidades y establecimientos de enseñanza superior cuentan con 220.226 estudiantes de ambos sexos. El año 1947 representa un momento álgido en materia de conversiones, habiéndose recibido en la Iglesia 115.214 conversos.

Estos guarismos son, por cierto, puramente externos y revelan más bien la marcha progresiva institucional de la Iglesia Católica en Norte América. No cabe la menor duda que el catolicismo es la única fuerza espiritual en Norte América que realiza, año tras año, un progreso marcado y substancial. Actualmente es evidentemente la agrupación religiosa más poderosa, más militante y con mayores perspectivas de crecimiento futuro. Sin embargo, es preciso reconocer que el catolicismo no puede aspirar a un desarrollo en el siglo XX comparable al que conoció en el XIX. Las oleadas de inmigración durante el siglo pasado aumentaron en millones las filas del catolicismo y permitieron que en el curso de medio siglo, la población católica pasara, de los 30.000 en el momento de la independencia, a los 10 millones. Pero esta inmigración en masa ha terminado. El aumento hoy en día proviene necesariamente de dos fuentes: las conversiones y las familias numerosas. La cifra de conversiones que acabo de citar revela más o menos a qué atenerse en ese sentido. Más de 100.000 no es enteramente despreciable, pero no es decisivo tampoco en una población nacional de 140 millones. Al lado de las conversiones, algunas de las cuales son algo espectaculares, hay que tener en cuenta las pérdidas considerables que sufre la Iglesia. Las estadísticas nada dicen sobre el particular. Pero se sabe a ciencia cierta que anualmente un número elevado de católicos dejan de practicar su religión; se pierden por motivo de matrimonios mixtos, o, al trasladarse a otra región, dejan de conservar su contacto con su Iglesia. Hay casos innúmeros de niños bautizados que más tarde se pierden para la fe debido a circunstancias de familia completamente adversas.

Las cifras arriba citadas nada dicen tampoco de la verdadera influencia del catolicismo en la vida de los Estados Unidos. Cuando se llega al terreno más sutil y menos tangible de las influencias y la penetración de las ideas católicas en la vida social, económica y hasta política del país estamos, claro está, frente a un problema bien distinto. Es útil recordar que, hasta hace muy poco tiempo, el catolicismo en los Estados Unidos era una institución juzgada popularmente como extranjera y hasta exótica. Se le miraba como un trasplante de Europa, sin raíces en el suelo americano y sin capacidad de adaptación al nuevo medio. La mayoría abrumadora de los católicos en el siglo pasado eran italianos, polacos, alemanes, lituanos e irlandeses. Representaban el proletariado, los recién llegados, los extranjeros que comenzaban su proceso de asimilación a la nacionalidad norteamericana. El catolicismo hablaba con un acento que no era del país. La mayor parte del episcopado era oriundo de Europa y daba, por consiguiente, a la Iglesia americana cierto tono que no era de los Estados Unidos. Muchos miembros del clero procedían de Irlanda y de Francia y en sus parroquias imprimían, con sello inconfundible, el carácter europeo de sus propias tradiciones. Todavía persisten dos grupos en los Estados Unidos, en su mayoría católicos y que apenas han comenzado a asimilarse: los mexicanos en el Suroeste y los franco-canadienses en la Nueva Inglaterra. No es extraño entonces que el catolicismo haya tenido que abrir camino y "americanizarse" en el mejor sentido de este término. Esta "americanización" se ha hecho. Hoy en día la casi totalidad de los obispos nacieron en los Estados Unidos. Una mayoría considerable del clero, tanto regular como secular, también. La Iglesia habla actualmente con el acento nacional y ha demostrado que el catolicismo es, en su maravillosa universalidad, perfectamente capaz de arraigarse en cualquier clima o latitud.

Pero el problema capital queda en pie. El catolicismo vivió durante un siglo por lo menos al margen de la vida nacional. Los católicos representaban más o menos espectadores interesados del drama que se desarrollaba ante sus ojos. Había algo en el católico que no le habilitaba completamente para participar plenamente en la vida de su país. Claro está que había prejuicios formidables en algunos sectores. El siglo pasado fué testigo de no pocas persecuciones populares y de manifestaciones violentas contra la Iglesia y sus fieles. El anti-catolicismo ha tomado, históricamente, diversas formas. Algunas veces ha sido un renacer de los rencores y odios que datan de la época de la colonización y que forman parte de la herencia cromwelliana e isabelina. En esta categoría se encuentran los movimientos de la Ku Klux Klan, la A.P.A. o sea Asociación Protectora Americana que desempeñó un papel de cierta importancia en el siglo XIX. Allí también está el nativismo que pretendía proteger el país contra la llamada invasión extranjera de los inmigrantes. En 1928, cuando Alfred E. Smith fué candidato a la presidencia de la nación, hubo un brote formidable de sentimiento anti-católico. Muchas de sus manifestaciones eran pueriles y absurdas. Pretender, por ejemplo, que el Romano Pontífice tenga la intención decidida de trasladarse a la Casa Blanca de Washington, denuncia una mentalidad enajenada. Sin embargo, no pocos norteamericanos creyeron a pie juntillas que el Santo Padre vivía pendiente del momento de poder instalarse en alguno de los aposentos de la residencia presidencial. Hoy en día el anti-catolicismo toma otro sesgo, que es mucho más peligroso. Es difícil, ahora, hacer la campaña contra la Iglesia a base de las llamadas "revelaciones" de los horrores de los conventos. Solamente entre los sectores más incultos es posible presentar el Vaticano como símbolo del Anti-Cristo. Hoy la lucha se presenta bajo el aspecto de la defensa de un gran principio, que es la separación del Estado y la Iglesia. Hace algunos meses se organizó una asociación de protestantes *y otros americanos* para defender el principio nacional de la separación. Los enemigos de la Iglesia no son analfabetos que no se pueden tomar en serio. Entre los que llevan la dirección del nuevo movimiento, hay pastores evangélicos de cierto renombre, algunos obispos y seglares que ejercen indiscutiblemente alguna influencia. Su tesis es que la Iglesia Católica aspira a una hegemonía mayor sobre la vida americana y particularmente sobre la vida política. El peligro reside en la actitud del episcopado. Se hace el *distingo*, naturalmente, entre la jerarquía, ambiciosa y acaparadora, y la masa de los fieles que viven engañados y que en el fondo son buenos americanos, deseosos de defender sus instituciones nacionales.

A CORDOBA

Porque todas tus cosas fueron hechas
en la nostalgia de un azul notorio
tu vida es un delirio obligatorio
de ansias azules siempre insatisfechas.

Delirio de tus torres con sus fechas
y de tus sierras con su territorio.
No se habrá visto azul más meritorio
sometido a razones más estrechas.

Dolor de azul en el que te perfilas.
De azul te viste porque lo asimilas
y hacia el azul te lleva y te vincula.

Azules hay, azules en desvelo.
Pero ninguno como el que te azula
es tan azul, tan parecido al cielo.

JORGE VOCOS LESCANO



NORTEAMERICANO

encarecer la versación del autor ni la importancia del tema, en momentos en que el poder de Estados Unidos se deja sentir con tanta fuerza en el mundo. (N. de la R.).

¿Hay alguna base verdadera de esta campaña? El lector pensará que a lo mejor ha habido motivos para provocar esta reacción. Los hubo, pero tan exiguos e insignificantes que es difícil creer que hayan producido un revuelo de proporciones tan grandes. Los católicos, y singularmente las autoridades escolares, reclamaron el uso de los autobuses públicos para el transporte de los niños católicos a sus escuelas parroquiales. El católico en los Estados Unidos paga sus contribuciones y a la vez sostiene su propio sistema escolar. Quiere decir que el ciudadano católico pedía el uso de un medio público de transporte para sus niños, siendo él contribuyente como los demás y que sostenía en parte este servicio. El asunto llegó al Tribunal Supremo y el fallo fué desfavorable a la posición católica. Pero se ha desatado una verdadera ola de denuncias, de protestas y de sistemática denigración del catolicismo como consecuencia.

Todo esto, que forma una especie de panorama o telón de fondo, nos permite contestar, aunque someramente, a la pregunta fundamental. ¿Qué influencia ejerce o puede ejercer realmente el catolicismo en la vida nacional americana? No me refiero a la influencia del *católico*, sino a la influencia del Catolicismo. El católico como individuo penetra en la inmensa mayoría de las funciones públicas. Acaba de nombrarse uno de los seglares más destacados del país como Secretario de la Marina. Hay en el ejército, en el congreso, en las esferas administrativas, en la prensa y en las letras católicos de prestigio y cuya influencia personal no es despreciable. Pero hablamos ahora de otra cosa; la influencia del catolicismo como idea, como estilo y como concepto temporal y sobrenatural. Aquí, hay que vacilar. El catolicismo forma un bloque, y muchas veces un bloque aislado en los Estados Undos. Una vieja polémica gira en torno al problema de si el católico norteamericano debe conformarse con vivir en comunidad, más o menos aislado de sus prójimos de otras creencias, o si debe librar la batalla de su fe entre los laicistas, los incrédulos y los paganos. El problema es delicado. El distinguido químico, Hugh Taylor, miembro de la Academia Pontificia, y católico militante, que enseña en Princeton, sostiene con mucha energía que el frente de combate es la universidad aconfesional, donde prima un ambiente de laicismo a veces exagerado. El católico condena el laicismo y los males innumerables que acarrea. Pero la única manera eficaz de combatir este laicismo, llamado *secularismo* en Norte América, es por medio de la presencia católica, llevar la batalla directamente al campo enemigo. Otros insisten en que el método más efectivo es crear en forma sólida y perdurable la comunidad católica con la extensión paulatina de su influencia y de su predominio.

El hecho es que el catolicismo gana terreno. Y este progreso motiva un temor bien fundado de los no católicos. Ven ellos en nosotros un movimiento disciplinado, que progresa, se desenvuelve, aumenta el número de sus fieles y se introduce crecientemente en las diversas fases de la vida nacional. Hay un miedo del catolicismo que no puede negarse. Nuestras familias son más grandes. Nuestras iglesias están llenas cuando las de ellos están vacías. Nuestro clero aumenta en número mientras ellos no encuentran como atraer vocaciones. Nosotros poseemos lo que es la más estupenda contradicción con el mundo contemporáneo: una creencia y un dogma. El dogma aterra en los Estados Unidos. El norteamericano, desde sus remotos orígenes coloniales, se despojó en lo posible de lo sobrenatural. Su optimismo, su fe ciega en los valores puramente humanos, su autosuficiencia, le llevaron a abandonar los preceptos de las sectas evangélicas que colonizaron el mundo americano. El sombrío calvinismo desapareció bien pronto para dar lugar a esta colección de vaguedades y de insulceses que constituyen actualmente el bagaje doctrinal del protestantismo norteamericano. La verdad más rigurosa es que el protestantismo americano no es más una religión sino un vago sentimentalismo, un humanitarismo absolutamente terrenal. Frente a este desbarajuste total del cristianismo herético, el catolicismo se erige como firme en sus dogmas. La división por consiguiente es absoluta.

El católico en los Estados Unidos apenas se da cuenta de lo diferente que es él de sus conciudadanos de otras religiones o de ninguna. Muchos católicos, al comprender esta diferenciación, tratan de disimularlo con un patriotismo algo exagerado. Tratan de demostrar que como americanos en su lealtad a la nación no ceden el lugar de preferencia a nadie. Por lo tanto demuestran no pocas veces una patriotería algo estridente. El catolicismo norteamericano vive en perpetua lucha con el medio. Otro resultado es que el catolicismo, o mejor dicho los católicos, porque no se trata evidentemente de la doctrina, adquieren inconcientemente ciertos rasgos que provienen de los protestantes o los no creyentes. La paradoja se observa en el hecho de que el católico norteamericano que practica su religión, la practica bien. Es fiel en acercarse a los Sacramentos. Cumple con su parroquia y guarda fidelidad a los preceptos de la Iglesia. Pero en su vida extra-religiosa, si puedo expresarlo así, este católico apenas hace influir su catolicismo en los medios que frecuenta o en que trabaja. Sus nociones de lo católico en el orden temporal, son escasas. Sobre los problemas sociales, políticos, y hasta internacionales, solamente vislumbra vagamente el influjo del pensamiento católico. Esto se explica en parte por el hecho de que la formación intelectual del catolicismo nortamericano es pobre. Sus dirigentes son poco numerosos. Su doctrina social, por ejemplo, ha podido introducirse en los medios obreros con sumo trabajo, debido al concepto arraigadísimo de aconfesionalidad que prevalecía en estos sectores.

El católico ejerce una influencia a la medida que posee fuerza electoral y poder político. Es triste constatar que a los católicos se les toma en cuenta y se les respeta cuando cuentan con una fuerza numérica suficiente para decidir una elección. Pero cada caso de reconocimiento de los elementos nuestros es una lucha y un triunfo. Es preciso presionar, insistir, cabildear y utilizar los mil resortes de la vida parlamentaria y política. El catolicismo no se impone en una palabra. Si fuésemos menos vigilantes, no nos harían el menor caso.

¿Las perspectivas? Difíciles de prever. Estoy persuadido que estamos en vísperas de nuevos brotes de anti-catolicismo. Estamos lejos de poseer las armas para un avance considerable en los diferentes sectores donde hasta la fecha apenas nos hemos introducido. Necesitamos una prensa más coherente y eficaz. Revistas de gran envergadura, radiodifusión todavía más extensa. Necesitamos dirigentes seglares para la vida pública e internacional y no los tenemos. Necesitamos una Acción Católica que represente realmente los seglares al servicio del episcopado en el común apostolado. Necesitamos sobre todo una vida interior que crezca en profundidad. Estamos demasiado organizados hacia afuera y demasiado persuadidos de la eficacia inmensa de la santificación personal para el logro de nuestros objetivos. La santidad, se ha dicho, no crece en el suelo estéril de Norte América. Tenemos en los altares a la Madre Cabrini, connacional nuestra. La lucha requiere, más que hombres buenos, santos y apóstoles de la estirpe de aquellos franceses y españoles que conquistaron primero las vastedades del continente americano. Estamos, por cierto, en el umbral de nuestra vida católica organizada. Nos podemos consolar con el pensamiento de que, en los ciento cincuenta años de historia nacional, nuestro catolicismo no ha retrocedido un ápice, y lo que es más importante, no ha caído una sola vez en el cisma ni en la herejía.

RICHARD PATTEE



CALENDARIO "EPILOGAL"

Con el título "En torno a Maritain", *Criterio* dedica 22 páginas de su última entrega, que lleva fecha del 26 de mayo [1], a la polémica sostenida por mí con el R. P. Julio Jiménez B., a raíz de su libro "La ortodoxia de Maritain".

Dos eran las cuestiones a ventilar: una, circunstancial, es a saber, de si hubo o no ligereza de procedimientos en la prematura publicación en *Criterio* del artículo "Rectificación de Imputaciones falsas", hecha a pedido de R. P. Enrique B. Pita. Otra, de fondo, es a saber, de si Maritain, y en consecuencia, el R. P. Julio Jiménez B., defienden como un derecho natural inviolable la profesión pública de errores religiosos.

Con respecto a la primera cuestión, la nueva Carta del R. P. Enrique B. Pita, aparecida en *Criterio* último, documenta la *falta de seriedad de procedimientos*, denunciada por PRESENCIA. En efecto dice allí el R. P.: "en la primera carta aérea "que recibí del P. Jiménez con fecha 10 de abril, el P. me "pedía la publicación de su adjunto artículo en *Criterio*, *si* "*aparecían dos números de* PRESENCIA *sin su publicación*." (El subrayado es nuestro). Ahora bien, el artículo del P. Jiménez fué enviado a *Criterio* el 28 de abril y publicado allí mismo el 12 de mayo. Pero como PRESENCIA aparece el 2º y 4º viernes de cada mes, entre estas dos fechas —10 de abril y 12 de mayo— sólo pudo aparecer, y en efecto apareció, el número del 22 de abril. Correspondiendo al 8 de abril el número anterior y al 13 de mayo, el posterior.

Queda entonces documentado, por las textuales palabras del propio P. Pita, que no se aguardó a la aparición de dos números de PRESENCIA, de acuerdo a las instrucciones recibidas. Reviste esto mayor gravedad si tenemos en cuenta que dicho Padre ha dado a entender en su primera carta —sin que, por otra parte, nada le obligara a ello— que PRESENCIA se rehusaba a la publicación del artículo del R. P. Jiménez.

Alguien querría saber qué habría determinado el R. P. En-

rique B. Pita a proceder con tanto apresuramiento. Pero es ésta, cuestión que creemos no puede revestir mayor interés para nuestros lectores.

Con respecto a la segunda cuestión, que es la doctrinaria, única interesante, nada dice CRITERIO, ni en lo que se refiere a la legitimidad de defender el derecho natural inviolable a la profesión pública de errores religiosos sin caer en liberalismo condenado, ni en lo que se refiere a la filiación maritainiana de este error. En cambio, se esfuerza por crear en el lector la convicción de que mi estudio del pensamiento de Maritain no se ajusta a derecho e invade la esfera del Magisterio, pretendiendo suplantarlo. Protesto contra esta gratuita acusación. Porque al examinar las doctrinas de Maritain y confrontarlas con las enseñanzas de la Iglesia me asiste un derecho que es propio de todo fiel cristiano y, con mayor razón, de un Doctor en Sagrada Teología. Nunca he invocado autoridad que no tengo. He expuesto sí, públicamente, las razones que fundamentan mi juicio. Y, de acuerdo a derecho, he sometido mis libros a la autoridad eclesiástica competente e incluso los he presentado humildemente al Santo Padre, en propias manos, en enero de 1948, para que El se dignara dictaminar, si así lo creyere conveniente.

Tengo entonces derecho a denunciar que *Criterio*, al constituirse en juez de mi conducta, está incurriendo en una actitud más censurable aún que aquella que pretende adjudicarme.

Acaece en realidad que *Criterio*, impotente para contrarrestar en el terreno doctrinal la fuerza demostrativa de mi respuesta al R. P. Jiménez, busca con lamentables equívocos distraer hacia otra cosa la atención del lector.

Para terminar, séame lícito destacar que invocando "la "Naturaleza y la Gracia, el correcto método de investigación "científica, la correcta exégesis del pensamiento ajeno y la justicia y la caridad exigidas por toda sana y normal crítica o "polémica", *Criterio* habla de "...tinieblas... o artificiales "claridades", que "ciertas *formas de célo* por la ortodoxia, en "algunos casos, hacen dudar acerca de la *autenticidad* católica del celo", e insinúa la acusación de producir "desconfianza mutua entre los cristianos"..., "malentendidos sin "cuento, y mutuo desdén, ansias poco nobles de suplantarse "entre sí en los ambientes de influencia para convertirse en "guía de grupos con cariz de sectas o en pedagogos de nuevas "generaciones, creyéndose los únicos detentores de la autenticidad en materia de doctrina, etc.". Todo esto, repetimos, en nombre de la verdad y caridad *cristianas*...

Como índice de la posición de *Criterio* en el presente asunto y del terreno a donde quisiera encaminarle, resulta interesante destacar con qué curioso e insistente afán de documentación para el futuro, reclama la publicación de "la larga Carta confidencial" que me ha remitido, con fecha 2 mayo, el R. P. Julio Jiménez B. Me complazco en hacer saber a *Criterio* que dicha carta obra en mi poder y que con sumo placer le haré entrega de ella para su publicación cuando lo ordene dicho padre. PRESENCIA no quiere incluir en sus páginas sino artículos de contenido doctrinal.

En fin, que es de lamentar que *Criterio* se esfuerce por llevar la discusión a un terreno personal, al que nuestra dignidad no nos permite descender.

JULIO MEINVIELLE

[1] CRITERIO objeta que mi respuesta haya aparecido en PRESENCIA, y particularmente que haya aparecido antes que en la mencionada revista. Con respecto a lo primero, dejo constancia de no haberme comprometido a la no publicación de dicho artículo; por el contrario, estaba obligado a dar cabida al artículo reducido del R. P. Jiménez, que obraba en mi poder desde el 13 de mayo, y en consecuencia a la respuesta correspondiente. Con respecto a lo segundo, séame permitido advertir que PRESENCIA ha aparecido el 27 de mayo, exactamente un día después del 26, fecha que ostenta CRITERIO; si esta publicación sufrió el retraso que ella misma se apresura a denunciar con exceso de explicaciones es cosa que no me atañe.



prudencia templanza



BERLIN,

Pudiera parecer cada día más difícil descubrir el sentido del enmarañado movimiento de fuerzas que actúan en el plano internacional. La información objetiva de los hechos es deficiente y, en cambio, las noticias arrojadas al público para modelar su opinión o sondearla, excesivamente frondosas. No queda otro camino, entonces, que rastrear el curso de los acontecimientos en los hechos que se van produciendo, en las manifestaciones de los hombres de Estado o de los dirigentes políticos, en la propaganda de las fuerzas ideológicas o nacionales, en fin, en los más variados e insignificantes elementos que puedan llevar una carga del sentido político que toman las ambiciones nacionales o la lucha ideológica de los diversos grupos.

Cabe advertir también que la historia universal, aún la de estos momentos, aunque para una mirada en superficie puede aparecer como una lucha irreductible entre Rusia y Estados Unidos, llevada por hegemonías económicas o políticas, en realidad puede consistir en una lucha trabada en capas más profundas de lo humano en la vida de los pueblos; de manera que aquella *irreductibilidad* pudiera en definitiva no ser tal, o ser tan sólo disfraz de otra irreductibilidad única verdadera. Pero de ésto en otra ocasión. Hoy ocupémonos de la irreductibilidad que se manifiesta entre Rusia y Estados Unidos, señalando el carácter necesariamente conjetural de nuestra indagación.

Berlín y la conquista del Asia

Un observador superficial pudiera pensar que Rusia ha perdido la batalla de Berlín en la cual se concentró su guerra "fría" con Estados Unidos. Pero para ello convendría conocer qué significado ha asumido el conflicto de Berlín en los cálculos políticos de los contendores. Porque si, dentro de los planes rusos, Berlín fuera una maniobra que tiene por objeto concentrar en un punto el esfuerzo adversario para cumplir otras conquistas, entonces no sería exacto que hubiera perdido esa batalla. Y lo cierto es que durante el conflicto de Berlín, Rusia ha conseguido la conquista relativamente fácil de China y ha conseguido sobre todo forzar a las potencias occidentales a cambiar la política con respecto a Alemania. Dos victorias, una "caliente" y otra "fría", que anulan todo el esfuerzo militar, económico y político cumplido por Estados Unidos en su lucha contra Alemania y Japón, y robustecen en cambio el poderío de la Rusia Soviética extendiendo su zona de influencia.

Llama, en primer término, la atención la simultaneidad con que se cumplen hechos tan significativos como el arreglo del conflicto de Berlín, la ocupación de Shangai, el Pacto del Atlántico, la reunión de los Cuatro Cancilleres en París y la Constitución de Bonn. De estos hechos los más importantes y decisivos son la ocupación de Shangai y la Constitución de Bonn, y ambos favorecen los planes rusos, el uno en Oriente y el otro en Occidente.

La ocupación de Shangai coloca inmediatamente en poder de Rusia toda la zona costera de Manchuria y China y pronto, se calculan seis meses, todo el país chino, desde Siberia a Indochina, estará también en su poder. Decimos en poder de Rusia y no de los comunistas chinos, porque como acaba de advertirlo el presidente interino de China Li Tsung Yen, "los comunistas chinos están total y absolutamente dominados por Moscú".

Pero es claro que los comunistas no se detendrán en Shangai. Hacia el Sur, les queda por conquistar cuatro provincias.



MANIOBRA RUSA

Li ha hecho un llamamiento a Estados Unidos, destacando que aún por propia conveniencia deben prestar ayuda a los ejércitos nacionalistas, porque de otra suerte el comunismo invadirá Indochina francesa y pasará luego a Hong-Kong, Singapur y Malasia obligando inevitablemente a Estados Unidos a emplear sus ejércitos para defender a Filipinas.

La ocupación de Shangai por los comunistas ha de determinar un nuevo y radical planteo de todas las posiciones angloamericanas en el Asia. Los Estados Unidos se verán obligados a robustecer al Japón. Sin duda que este país, por su situación estratégica de potencia marítima, ha de resultar mejor aliado para Estados Unidos que China, potencia terrestre y vecina de Rusia. Pero es difícil apreciar hasta dónde los japoneses se emplearán militarmente en favor de Estados Unidos. De cualquier manera, Rusia ha ganado por ahora la batalla del Asia y se prepara, en consecuencia, para denunciar la política angloamericana en el Japón, exigiendo un tratado de paz con este país. Estados Unidos ha perdido aquella batalla desde el momento que se ve obligada a poner en pie de guerra el enemigo al que hace poco abatió, y a abandonar a su aliado y amigo, a quien dió grandes promesas de protección.

Berlín y el Cuarto Reich

Estados Unidos, y su satélite Inglaterra, no tienen otro camino para hacer frente a Rusia que robustecer económica y militarmente a Europa. Para esto, la política del Benelux que culmina ahora con el *Pacto del Atlántico*. Cuando se discutía en los comunes el Pacto del Atlántico, Churchill afirmó muy categórico que no puede haber seguridad de paz permanente "mientras Asia esté en el Elba y mientras muchas famosas capitales de Europa estén bajo la mordaza de los trece hombres que forman la oligarquía de la Rusia Soviética". Churchill está en lo cierto. Lástima que no lo hubiera advertido cuando firmó los acuerdos de Yalta y de Postdam.

Si hemos de creer al mismo Churchill aquel error de entregar Europa a Rusia ha sido neutralizado, porque "la bomba atómica en poder de los Estados Unidos ha dado tiempo a las naciones occidentales para unirse y prepararse para su propia defensa". Extraña reflexión sobre problema tan discutido como el de la bomba atómica que, para muchos, va a resultar de eficacia tan dudosa como la zarandeada y famosa línea Maginot. Porque si la bomba atómica nos defiende del ataque de Rusia, ¿para qué el Pacto del Atlántico y el rearme de Europa occidental?

El pacto del Atlántico completa, en lo político y militar, los buenos resultados obtenidos en lo económico y social por el Plan Marshall. Se comprende que, por razones de humanidad, Estados Unidos haya alimentado a Europa. Pero ¿qué razones invocar para ponerla en pie de guerra? La militante "agresividad" de Churchill parece dar razón al curioso Dr. Hewlett Johnson, deán de Canterbury, activo propagandista de la Rusia Soviética, incluso en Norte América, de la que ha recorrido recientemente las principales ciudades dando conferencias públicas. Pues bien; Johnson decía a los americanos: "Estoy desilusionado al ver que en vuestra política seguís ciegamente las iniciativas de Churchill: el dinero viene de Wall-Street pero las ideas del Duque de Marlborough".

También les ha dicho: "La U.R.S.S. no quiere la guerra y no cree en la guerra y tenéis una prueba. Primero, porque no tiene necesidad mientras que para otros países es una salida. Si creyere en la guerra no invertiría capitales tan considerables en sus territorios más vulnerables como Lituania y Ucrania".

"Yo les he dicho, prosigue, a los americanos ricos en millones de dólares ¿qué diríais si la paz estallase mañana? Ellos se han reído, pero han pensado, sin duda, en los millones de desocupados que esto produciría".

"Creo que el 10 % de los americanos —los dirigentes— subscribirían gustosos una guerra inmediata. Pero el 90 % no quiere la guerra".

El deán protestante de Canterbury es, como el sacerdote católico Boulier de Francia un propagandista comunista. Sus afirmaciones son mucho más interesadas y falaces que las de Churchill. Pero algo de verdad hay en lo que dice. El Plan Marshall y el Pacto del Atlántico entran en los cálculos del capitalismo americano como aberturas a nuevas zonas expansionistas de su economía, sobre todo en momentos en que se cierran los grandes mercados del Oriente. También tiene razón en sostener que Rusia no quiere la guerra en Europa. Pero porque no le conviene.

En realidad, Europa representa un magnífico mercado para Estados Unidos y para Rusia. Pero es un mal negocio "político". Así lo demuestra la actitud de los franceses que detestan a los americanos, de los italianos que los aprovechan, de los ingleses que los administran y de los alemanes que se sorprenden de su ingenuidad de niños grandes. Stalin conoce como nadie los problemas insolubles a que debe hacer frente la inexperta política europea de los americanos. Y con sus problemas sin sentido, como el de Berlín, apura la medida de la paciencia yankee.

Hubo un momento en que pudo pensarse que Rusia quería desalojar a los occidentales de Berlín para avanzar su cortina de hierro más allá del Elba. Hoy se ve claro que Berlín no es sino una maniobra destinada a cansar a los Estados Unidos y obligarlos a abandonar a Europa a su propia suerte. Y eso es también lo que Rusia pretende, harto convencida de que Europa repudia su intervención ideológica, militar y política. Pero no hay una Europa pacificada y fuerte sin una Alemania unida. Y Rusia, con su política de chicanas, quiere convencer al sentido *realista* de los americanos de que no hay otro modo de restablecer a Europa y contener a Rusia que una Alemania unida y equipada militarmente. A eso, pues, se dirige la política realista de Estados Unidos, conducida por la iniciativa del Politburo.

No hay que olvidar que, cuando hace un año comenzó la crisis de Berlín, tuvo lugar en Varsovia la Conferencia de Cancilleres que reunió a los ministros de relaciones exteriores de Rusia, Albania, Bulgaria, Checoeslovaquia, Polonia, Rumania, Hungría y Yugoeslavia. Se dijo que allí estuvo también Schumacher. ¿A qué conclusiones se llegó? Aunque nunca se supo nada oficial, trascendió que allí se convino que no habría un Estado occidental alemán sino una Alemania unificada y que no habría verdadero federalismo sino un Estado centralizado.

Para comprender, entonces, la política que se cumple en Alemania, no basta preguntárselo a los occidentales y quizá ni siquiera a los rusos: hay que preguntárselo a los alemanes. A los alemanes deberán preguntarlo los americanos cuando aprueben en su Congreso el Pacto del Atlántico y el rearme de Europa. Schumacher les podrá dar la respuesta, que no diferirá de las declaraciones que acaba de formular Walter Ulbritch, vicepresidente del partido Socialista-comunista. "El frente nacional —ha dicho— no debe incluir solamente a los partidarios de un sistema económico o político determinado, sino que debe tender, ante todo, a alcanzar un tratado de paz ven-

justicia fortaleza



tajoso y la unidad de Alemania". Porque esto fué lo resuelto en Varsovia. Y la actual constitución de Bonn, advierte por su parte Walter Lipmann, se ajusta en sus puntos esenciales a la declaración de Varsovia.

Francia, que es tan sensible a toda suspicacia para con Alemania, lo ha advertido claramente. "No debemos hacernos ilusiones, —acaba de decir De Gaulle— la nueva Constitución de Bonn significa la reconstitución del Reich".

Alemania, entonces, ha estado presente en la reunión de los Cuatro. Presente más que cada uno de ellos y sobre todo más presente que Rusia. Porque la verdadera lucha ha sido sobre si Alemania debe llegar a ser un Estado unificado y centralizado o un Estado federalizado. Lucha entre los países occidentales y la misma Alemania. Rusia ha estado regateando y chicaneando para exasperar a Dean Acheson y persuadirlo de que hay que abandonar definitivamente toda remota esperanza de entendimiento con Rusia y hay que decidirse por crear una Europa fuerte que por su propia fortaleza sea un bastión contra las amenazas inquietantes del Este. Y una Europa fuerte significa una Alemania fuerte. Significa un cuarto Reich, como lo ha visto de Gaulle.

Pero aquí viene el enigma para rusos y occidentales, ¿de qué lado inclinará el cuarto Reich su decisivo poderío? Los occidentales tienen muy buenas razones para pensar que lo hará a su favor. Porque los alemanes son anticomunistas. Y ello es muy cierto, como cada día va siendo más cierto que Europa, incluso Italia y Francia, son más anticomunistas. Esto demuestra que la política del Cominform, practicada por Zhdanov, ha fracasado. Pero no demuestra —y esto lo sabe muy bien Stalin— que haya fracasado un entendimiento ruso-germano.

Porque una cosa es temerse y odiarse mutuamente y otra entenderse. Y como ha sido advertido recientemente, Rusia y Alemania se han entendido dos veces en la actual generación.

     

Una, en 1939, poco antes de la segunda guerra mundial. Y otra, en 1922, cuando una y otra se encontraban en la miseria, bajo los efectos de la guerra. Y hoy, el entendimiento traería grandes ventajas para ambos. Para los alemanes, la unidad de primera potencia europea y el acceso a las materias primas de Europa oriental y de la misma Rusia; para los rusos, la seguridad contra las naciones unidas y el acceso a los recursos tecnológicos e industriales alemanes.

No es nada improbable entonces que pronto veamos una competencia entre las naciones occidentales y Rusia por ver quién logra captarse la voluntad de los alemanes. Walter Lipmann, vocero del Departamento de Estado americano, escribía recientemente: "Porque debemos ser nosotros, y no los rusos, los campeones de la Alemania unida y de la Europa unida, así como de la liberación de toda Europa de los ejércitos de ocupación. El hecho de que nos permitamos identificarnos con la idea de partición de Alemania, de la división de Europa, de la perpetuación de la ocupación militar, constituye el más flagrante ejemplo de la forma de perder el ómnibus". (*La Prensa*, 14-V-49).

Apenas a cuatro años de terminada la guerra de EE. UU. contra Alemania en Occidente, y contra Japón en Oriente, y toda la *realidad política* se encauza a deshacer la nefasta política de aquel ideólogo que fué Franklin D. Roosevelt. Pero, ¿será bueno hacer hoy lo que debió hacerse ayer? ¿Lucharían contra Rusia, en una futura guerra, Alemania y Japón?

PRESENCIA

LE CORBUSIER Y LA NUEVA ACADEMIA

Han transcurrido más de veinte años desde que Le Corbusier se lanzó a erigir la doctrina de la revolución arquitectónica moderna. El pequeño grupo de sus partidarios de aquel entonces ha ido creciendo hasta convertirse en la gran secta funcional que está ante nosotros y que en el magnífico designio del promotor debía seguramente alcanzar el imperio absoluto sobre el arte de construir. Ciertamente hay todavía alguna distancia entre este propósito y su logro, pero eso pasa frecuentemente entre los sueños y su realización total. Sólo que en este caso los sueños están ampliamente documentados en los escritos de Le Corbusier, cosa sumamente útil para conocerlo.

Pero en aquella primera época el acento estaba en el llamado a las filas. Se necesitó hacer proselitismo y fué por supuesto indispensable encontrar un vocablo para designar a los rezagados, a los réprobos que no se enrolaban. Con la lucidez extraordinaria que lo caracteriza, Le Corbusier eligió el apodo de "académicos", que lanzó a la circulación con resonante éxito: "Hasta los académicos se dejaron acariciar por los apóstrofes contra la Academia" como dice Gregorio Marañón.

Lo dicho nos está dando el cómo y el por qué de la aparición de aquel famoso término en las polémicas, pero hay sin embargo un motivo de su justa popularidad que no ha sido estudiado suficientemente: porque si gran parte de la decadencia arquitectónica contemporánea puede efectivamente ser atribuída al contagio de lo académico, no estará demás recordar que en la definición correcta, academia no es otra cosa sino corporación de intelectuales y si dejamos por el momento de lado el concepto de corporación —ya que todos estamos de acuerdo en que no hay inconveniente en que los arquitectos actúen agremiados— no cabe otro camino sino decidir que lo malo en este caso algo tendrá que ver con la condición de intelectual.

Y por extraño que parezca, el aserto es verdadero aunque sólo fuera en este sentido: siendo saludable que el arquitecto sea un intelectual en el conocimiento teórico de su arte, resulta perjudicial que, enamorándose de ese aspecto de su misión, menosprecie lo más importante del aprendizaje que *solamente se hace en la ejecución de la obra*. El instrumento para adquirir el oficio es la *acción de construir*, insustituíble fuente de inspiración y vitales experiencias. Esto requiere esfuerzo, no es elegante ni académico, pero la obra es la escuela y el maestro para el arquitecto y ahora que esta enseñanza va siendo relegada, el arquitecto como tal está en peligro de pasar a categoría de especie extinguida.

   

Por cierto que el arquitecto actual se ha procurado en la ocasión, un suplente, un profesor suplente: el instrumento de su propio perfeccionamiento no es ya la obra, se ejercita en el proyecto, en el plano dibujado. Para acomodarse mejor en su sillón académico, ha descuidado alimentar su "habitus", ya los planos son como una dieta vegetariana para ese fin. El frenesí de los planos es fecundo en esa especie tan numerosa de los "ilusionados del tiralíneas" usando la expresión de un escritor contemporáneo.

La verdad probada es que la arquitectura puede subsistir, —por ejemplo la arquitectura popular— sin la presencia de gente dedicada a especular en su terreno. Pero va hacia una muerte segura, si los grandes edificios surgen como "por correspondencia epistolar" que está detallada en una "documentación técnica" que parece una enciclopedia ilustrada, pero donde está ausente el arquitecto: el hombre que debe tener atribuciones para faltarle el respeto a esa documentación y que sabe que la obra es una aventura maravillosa donde a cada paso la realización entablará una lucha con la concepción primitiva. El estado de espíritu del arquitecto debe participar del que tienen los marinos, los que al decir de Paul Claudel están menos predispuestos "a preparar el acontecimiento que a disfrutar del fenómeno".

Pero no es probable que Le Corbusier haya tenido el propósito de enfocar así el asunto cuando briosamente arremetió contra la Academia. Salvar el oficio del arquitecto no era su preocupación: sus miras van hacia un objetivo menos terrestre. Por lo demás él no tiene la costumbre de mirar al pasado, se dirige al risueño porvenir.

Vamos a ver un poco cuáles son los designios de nuestro genial improvisador, valiéndonos de la lectura de "La Vivienda del Hombre", libro escrito en colaboración con un señor François de Pierrefeu que se proclama — y está verdaderamente— identificado con el autor. Lo que ha previsto fundar Le Corbusier es una gran oficialidad de técnicos, jerarquizada en distintos grupos y con un estado mayor, según las funciones desempeñadas. Esta "Corporación" tendría a su cargo todas las tareas constructivas del mundo futuro y además un poder —suave pero efectivo poder tutelar— sobre los pueblos y los gobiernos. Esta Corporación, "dueña de sus propios destinos", lógicamente sería dueña de los destinos del Estado, y vendría a reemplazar a la que fué Academia, —institución que no negamos que estaba en tremenda decadencia—, de muy dudosa autoridad en todo sentido.



Los ordenadores y su tarea

Cuando alude a la jerarquía suprema que coronará la Corporación y a la que adjudica el título de "los ordenadores", Le Corbusier se hace un magistral autoretrato, seguramente sin proponérselo, cosa frecuente en los grandes artistas. El ordenador es el que hace "la doctrina general" y elabora el "plan director" del país. El "inscribe el vínculo entre la creatura y el universo", él es "el árbitro entre la geografía y las empresas humanas".

Si hubiera oportunidad para ello, nos extenderíamos en las atribuciones de los futuros ordenadores y sobre su campo de acción, examinaríamos cómo desarrolla su discurso académico este hombre que tanta influencia tiene sobre la mentalidad arquitectónica actual. Lo veríamos sobre un excelso monte, escribiendo los datos del problema a cargo de los ordenadores, estudiando la biología de la Sociedad, dando las normas para que las "alegrías esenciales" renazcan en el mundo. Notaríamos que, a pesar de que sus cuadros son desdichadamente incompletos y superficiales, le sobra agudeza de visión para enfocar parcialmente el panorama. Tiene Le Corbusier una lucidez fuera de lo común —una lucidez sospechosa— para recomponer el mundo a su antojo, para proponer el esquema del paraíso moderno, higiénico, confortable, sabio. Es estupendo como sugiere soluciones improvisadas pero magistrales y podría escribirse mucho sobre el parentesco de sus composiciones con las de un compositor musical de grandes sinfonías.

Pero un estudio sobre esto nos llevaría muy lejos de nuestro tema de hoy y por otra parte, la discusión sobre planes pura y elevadamente académicos, donde no existen mezquinas inquietudes por los posibles obstáculos para llevar a efecto los planes ni sobre sus posibles desventajas, parecerá a muchos discusión estéril.

Por otra parte, si bien los desórdenes sociales contemporáneos que deben subsanar los ordenadores son señalados con claridad y muchas veces con exactitud, el *origen* de tales males no ha sido mencionado en los libros de Le Corbusier, quien ha desdeñado quizá ocuparse en estas reflexiones, porque la pasión por remediar los desastres y la urgencia de resolverlos se lo ha impedido. Por último, este apresuramiento es una flaqueza tan propia de esta época, que ni siquiera la gente como Le Corbusier puede escaparle.

La categoría de los arquitectos

El libro citado se ocupa también de "los otros protagonistas de los planes de construcción: ingenieros y técnicos de todas las especialidades, y realizadores de esos planes: contratistas, artesanos y obreros".

Aunque no están nombrados en la frase precedente, los arquitectos "esos niños perdidos que han proyectado hasta hoy, los edificios de Francia", constituyen una jerarquía subordinada lógicamente a la de los ordenadores. Verdad es que la "*doctrina*" elaborada por los ordenadores, (y que aparece también en el libro mencionado) limita el campo arquitectónico en forma tan inteligente, que los arquitectos resultan afortunadamente casi superfluos.

Las formas de los edificios importantes, sus alturas sus disposiciones internas y exteriores: la plancha de vidrio sustrayendo a la pared mejor orientada hacía el Sol, el suelo libre entre delgados pilotes, el techo que constituye un nuevo suelo y demás sabias recetas, todo esto está indicado en el libro (y en los otros libros del autor).

De tal manera, la tarea del que proyecta se simplifica felizmente muchísimo: Estamos ante la arquitectura dirigida, —dirigida paternalmente por Le Corbusier—, y después no hará falta sino adecuar el programa de distribuciones dado en cada caso, al edificio ya diseñado. Es cuestión de distribuir los tabiques.

No se le oculta a nadie que la cacofonía de los elementos estructurales todos iguales unos a otros se traduce lúgubremente en interiores y exteriores, pero ¿que importa esto si los edificios son técnicamente perfectos, confortables y adecuados a sus fines? Lo otro es cosa de "estetas grotescos" diría Pierrefeu.

A propósito de esto no resisto a la tentación de decir dos palabras sobre el notable paralelo de la escuela funcional con la noble arquitectura bizantina. Porque ambas han encontrado desde su mismo origen el edificio perfecto: en lo sucesivo no será necesario sino repetir con ligeras variantes el modelo, la perfección ya lograda en la cuna. Naturalmente que para engendrar a esta creatura que nació adulta y sin fallas, los arquitectos bizantinos resumieron en fórmulas toda la sabiduría de la antigüedad, y la superaron.

Los maestros funcionales, que tienen en su poder "los innumerables medios que el progreso de las ciencias físicas ha puesto, en masas continuamente crecientes, entre las manos de los técnicos", han hallado la divina perfección en las "normas", en la "doctrina" que cualquiera puede ver volcada en los esquemas tan interesantes que llenan sus libros y publicaciones.

Todo profesional que aspire a que se lo admita entre los "funcionales", debe por supuesto entrar en este palacio de las perfecciones, venerarlas como se merecen, y no desviarse de sus moldes.

Tarea de los ejecutantes

En la escala de jerarquías viene finalmente el simple ejecutante "que asume la responsabilidad de llevar a efecto, en la realidad construída, los planos de los que le preceden".

La frase citada da una demostración clara de que la mentalidad lecorbusiana favorece el divorcio del arquitecto con su obra, es decir que consuma la división en proyectistas y ejecutantes. Lo cual no debe sorprender porque Le Corbusier no comete la torpeza de marchar sin atender al compás del tiempo actual.

Por lo que podrá verse, en lo que hemos tratado de reflejar, Le Corbusier no siente escrúpulos por que su escuela sea más académica que la Academia y si él tuviera tiempo para reflexionar sobre ello quién sabe si no se envanecería con la coincidencia.

Miguel Reto

INTELECTUALES Y HOMBRES DE ACCION

El pensamiento moderno, apartado del ser, o sea de *lo real*, y aplicado *a la idea* del ser, o sea a *lo ideal*, ha engendrado la monstruosa disociación entre el pensamiento y la vida, a que asistimos; y con ello, ha hecho posible la formación de estos dos tipos humanos tan actuales y vigentes hoy: el "intelectual" y el "hombre de acción", productor de ideas el uno, ejecutor de las mismas el otro.

El pensador ha quedado reducido, así, al papel de un hombre aislado del mundo que produce en la soledad de su retiro las ideas que otros —los hombres de acción, precisamente—, se encargarán de desechar o de tornar vigentes mediante su actividad. (En un plano puramente "físico", el más típico —si que más grosero— ejemplo de este aserto, es el del llamado "hombre de ciencia" que el industrial —individuo o sociedad— confina en un laboratorio para que produzca las fórmulas químicas o físicas que la técnica, en manos del hombre de acción, convertirá en *productos* destinados a satisfacer necesidades humanas primarias o secundarias, útiles o inútiles, naturales o superfluas). Se consagra de este modo el corte radical entre el pensamiento y la actividad, que conducirá —ya lo ha hecho— a la desvitalización de aquél y a la bestialización de ésta.

Esta distinción, o mejor esta disociación, entre "intelectual" y "hombre de acción" no puede ser llanamente aceptada. La única distinción *real*, basada en la naturaleza misma de las cosas, es la que existe entre hombres con entendimiento predominantemente teórico o especulativo y hombres con entendimiento predominantemente práctico; encargado aquél, mediante el discurso teórico (teorización) de formular *la doctrina*, que éste aprenderá, informando con ella su entendimiento, y aplicará según las normas de la prudencia, individual o política según el campo en que se desempeñe. Pero ningún hombre —y esto es lo que interesa— está relevado del aprendizaje de la doctrina, y por ende, de pensar antes de actuar (y al actuar). Y esto cualquiera sea su condición, cualquiera sea su inteligencia, cualquiera su actividad, porque la Verdad a todos abraza. (Por eso Jesús es, al par que Sacerdote y Rey, *Maestro* del hombre, a quien enseñó una *doctrina*).

Quiérese hoy, asimismo, reservar al "intelectual" un como puesto intermedio entre el filósofo (pensador de esencias, cuando no mero historiador de la filosofía o "técnico" en la materia) y el hombre de acción (hombre no pensante, mero ejecutor de ideas que recibe del ambiente en que se vive). El "intelectual" sería, así, un pensador de lo existente, un pensador de "existencias", un observador de "lo vital", acerca de lo cual






buscaría construir una teoría unitaria que de algún modo lo explicase, aunque sin formular (o haciéndolo, que esto no hace a su esencia) reglas de conducta destinadas a remediar los defectos de lo existente. (Tal formulación incumbiría más bien y por vía de conclusión, a los que por cualquier medio —libro, conferencia, alocución radial— recibiesen dichas observaciones y su correspondiente teoría).

Tampoco es posible aceptar esto a la luz de la sana razón aplicada al conocimiento real de las cosas. Significaría aceptar definitivamente la separación entre el pensamiento y la vida, entre el mundo de las esencias (reservado al "filósofo") y el de las existencias (reservado al "intelectual" en cuanto pensador, y al "hombre de acción" en cuanto ejecutor o en cuanto mero ser que "vive", sin importar cómo, sin regulación última de sus actos —aunque observe alguna regla moral, desecho de otros tiempos—, abandonado a los vientos del siglo). Significaría vedar definitivamente al auténtico filósofo, al hombre de entendimiento predominantemente teórico, la posibilidad de emitir juicios con valor práctico, con valor prudencial incluso; cuando es él, precisamente, quien, por contemplar los fines últimos de todas las cosas, está capacitado para dictaminar en los casos espinosos que escapan de la esfera del hombre de entendimiento predominantemente "práctico", de suyo subordinado al primero, como lo está lo superficial a lo profundo, el árbol a la raíz, las paredes a los cimientos.

Pero todas estas conclusiones nacen de lo mismo, o sea del pensamiento modernista apartado del ser. El extremo intolerable a que condujo el idealismo engendró la potente reacción de la vida; y al "esencialismo" postkantiano se enfrentó el existencialismo orteguiano y heideggeriano, con todo su relativismo, con todas sus incertidumbres, sí, pero también con toda su grandeza y simpatía humanas, en las que podría verse una como fortísima reivindicación de la posibilidad del "logos" en las cosas creadas.

Por eso, cuando los "filósofos" dejen de pensar ideas y sistemas y vuelvan a pensar las cosas y la vida; o sea, cuando dejen de ser historiadores de la filosofía para volver a *ser filósofos*, entonces el famoso "intelectual" —término específicamente *liberal* en su significado y origen, como lo anota Sepich en "La actitud del filósofo"— quedará sin tarea propia y desaparecerá, al igual que el moderno "hombre de acción", mero "practicón" ignorante, febril y nefasto que sólo perjuicios acarrea a la sociedad que pretende manejar.

LUIS ALBERTO BARNADA.

       

EL PROBLEMA DE LAS CARNES

Poco tiempo ha transcurrido desde que adelantáramos algunas consideraciones acerca de las relaciones comerciales anglo-argentinas. Argentina e Inglaterra han convenido un Acuerdo Prelimiar en base al cual se ajustará el futuro intercambio entre ambos países. La alarma manifestada por los círculos ganaderos a raíz del precio fijado para las carnes argentinas —punto primordial de la negociación si se tiene en cuenta que hoy por hoy la ganadería es la única fuente de riqueza que posee la Argentina dada la sensible disminución de nuestra producción agrícola— nos devuelve la preocupación por el porvenir económico-financiera —en última consecuencia político-social— del país.

Según las declaraciones oficiales la Argentina se compromete a exportar 300.000 toneladas anuales de carne congelada, y mediante el esfuerzo de los productores y el estímulo oficial, tratará que dicha suma ascienda a 400.000 ts. Creemos que nuestro país no está en condiciones de proveer el excedente exportable estipulado. En 1940 sobre una producción total de 2.300.000 toneladas de carne, una población de 12.500.000 habitantes consumía 1.700.000 toneladas, de todo lo cual resultaba un excedente exportable de 600.000 ts.[1]. Teniendo en cuenta, por un lado, que no ha habido aumento sensible en la producción, y por otro, que la población actual asciende a 16.000.000 de habitantes[2], la cual ha aumentado el consumo interno en 1.000.000 de cabezas más (más o menos 300.000 ts.) —según lo ha manifestado no ha mucho el Presidente de la República— el excedente exportable calculado por los negociadores aparece ilusorio, especialmente si se tiene en cuenta la situación porque atraviesan los ganaderos. Veamos.

En el año 1940, el productor de ganado pagaba el alambrado para cercar su campo $ 1.— m|n. el metro, y un molino sin implementos (bebedero, represa, etc.) le costaba alrededor de $ 700.—. Considerando que el novillo se cotizaba en 180 pesos, más o menos, aquél con el precio de 6 novillos podía cercar un kilómetro de campo, y con el de 4 novillos adquiriría su molino. Actualmente el productor va a cobrar por su novillo 300 pesos (término medio), el molino más modesto cuesta aproximadamente unos 4.000 pesos, y el metro de alambrado 4.50 pesos. De modo que para comprar su molino necesita el precio de 13 novillos, y el de 15 novillos para cercar 1 kilómetro de su campo. Además, téngase en cuenta el costo que demanda la reposición de chapas para represas y bebederos, las rejas necesarias para el sembrado superficial de avena que deben realizar los invernadores, el cual ha aumentado en una proporción semejante. Un tractor que hace 6 ó 7 años valía de 5 a 6.000 pesos, actualmente no se puede adquirir por menos de 36 ó 37.000 pesos (con dificultades para obtenerlo). Súmese a ello el aumento de la contribución territorial (en algunos casos 4 veces el valor para 1940, en otros hasta 6 veces) y el aumento de los salarios del personal empleado, se comprenderá fácilmente que el precio que pagarán los ingleses por nuestra carne, promedio de 1.28 el kgr., no alcanza a cubrir el costo de producción. Obsérvese que en las últimas conversaciones habidas en el Consejo Económico, de las que participaron representantes de los ganaderos y frigoríficos, se estimaba en 2.14 pesos el precio remunerativo de la producción, del cual los frigoríficos reclamaban para sí, 1.27 pesos.

Pareciera justificarse entonces, la alarma manifestada por los ganaderos, quienes, por otra parte, han insinuado que de no resultar compensatorio el precio ofrecido por los ingleses, el problema de las carnes se solucionaría aumentando el consumo interno (medida que había sido tomada aisladamente en algunos frigoríficos del interior), y, de quedar algún excedente venderlo a los países limítrofes, lo cual reportaría la ventaja de que su precio sería abonado en dólares, cuya escasez es uno de los problemas más urgentes del país. Por otra parte, el hecho de esforzar la producción nacional de carnes de manera de obtener el excedente exportable a que se aspira, coarta cualquier otra posible solución que pudieran ensayar los ganaderos argentinos.

Otra cuestión importante de la negociación la constituye la forma de pago que adoptará nuestro tradicional *cliente*. El único producto inglés que ha sido determinado es el combustible: 7.200.000 toneladas. En lo que a los demás se refiere, Gran Bretaña se *compromete a recomendar* a sus industriales que aumenten la producción con el objeto de equilibrar el intercambio con nuestro país. No se nos oculta la evidente disminución industrial de Inglaterra, tan evidente que en aquel país resulta insuficiente la producción para su propio consumo. No es aventurado prever que Inglaterra no podrá proveernos de maquinarias industriales ni otros productos manufacturados en la medida de nuestras necesidades urgentes, en especial, si se considera que aquel país se verá obligado a colocar el escaso excedente de dichos productos en otros mercados donde su precio sea abonado en dólares, necesarios para sostener su economía quebrantada.

En resumen; si se tiene en cuenta: que la Argentina ha sido el país que en el mundo tuvo mayor volumen de comercio exterior (carne y derivados, granos) en relación con su población; que la producción agrícola ha disminuido en la actualidad en forma sensible; que el excedente de carnes exportables ha decrecido notablemente por las causas apuntadas más arriba; que el país no tiene más rentas que las que resultan (del aumento) de los impuestos que *gravan el capital nacional*, ya que las reservas provenientes de saldos comerciales se vuelven cada día más exiguas; que el país requiere urgentemente los elementos que le permitan fundar grandes plantas industriales y reparar las existentes, elementos que, actualmente, solo los Estados Unidos pueden proveer en la medida de nuestra exigencia; se deducirá fácilmente los perjuicios inevitables que acarreará al país destinar su producción en forma casi absoluta a Gran Bretaña, cuya economía aún no se halla repuesta de la última guerra y que pareciera estar supeditada en gran parte al abastecimiento proveniente de la Argentina.

TOMÁS INFANTE.

[1] Las cifras son aproximadas.
[2] Aproximadamente.

